

**Diamela Eltit, *Signos vitales. Escritos sobre literatura, arte y política*
Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2008, 313 páginas.**

Desde su gradual pero también, por qué no decirlo, impetuosa irrupción en la escena literaria o discursiva chilena (y aquí el adjetivo impetuosa remite a un contexto verdaderamente hostil a novedades o discursos críticos y severos con el cuestionamiento de la autoridad y el *statu quo* cultural), la obra de Diamela Eltit provocó estupor, resistencias, repudio, así como una negativa frontal a ser decodificada en términos de una textualidad que anclara en una arqueología de napas discursivas dentro de las cuales sus sentidos se restringieran, se admitieran, se organizaran bajo la forma de un sistema. Un sistema que encapsulara manifestaciones previas tanto como ulteriores, esto es, una serie literaria dentro de la cual ampararse. Más bien, por el contrario, respondía, desmesuradamente, a un programa radicalizado que procuraba, en el seno de las poéticas nacionales y mundiales, hallar un espacio propio de enunciación que ratificara esa teatralización dramática, especialmente trágica, que guionara la Historia chilena y latinoamericana como un neo-mito injusto y ultraconservador. Ello acontecía en virtud del tipo de personajes y de tramas que ponía en circulación, así como de idiolectos que inhibía o procedía a ignorar, a relegar a la periferia de los sentidos sociales.

Así, condensando espesores, amplificando zonas debilitadas por los sistemas patriarcales y neoliberales, por no mencionar la propia dictadura militar dentro de la cual, preciso es decirlo, cursó sus primeras líneas de fuerza e irradió sus vectores primordiales de origen y de génesis estético-ideológica. La autora, munida de saberes y discursos sociales adquiridos no menos en la academia (que la acogió como alumna nueve años) que en agrupaciones o colectivos de artistas disidentes a los modelos arriba mencionados, la figura de escritora de Eltit, su insubordinación semiológica a la hora de gestualizar la escritura en el papel y las figuraciones de la tinta o el plasma de la tinta, de asociarse a otros grupos de artistas de disciplinas otras, o en actos públicos en los cuales la protesta protagonizaba como un eje sémico organizador tanto como los significantes en ella desplegados, la situaron en el centro de un conglomerado de ideas, de pulsos, de proyectos, de fluidos altamente connotados. Aproximada a esa constelación o haz de saberes prismáticos, Eltit procedía a encabezar o bien liderar combates, polémicas e impulsar iniciativas orientadas en la misma dirección de su proyecto o sus proyectos creadores, en la medida en que sus iniciativas se dirigían en varias y nutridas direcciones y en una progresión constante. Complementariedades, alianzas, familias culturales que alimentaron un cierto ámbito, no menos imaginario que real, no menos individual que colectivo, que se fueron incrementando en eficacia, en sofisticación, en alcance, al tiempo que se alimentaba de nuevas influencias, expectativas y desplantes, elaborando las condiciones de recepción que obras de ese tenor demandan para resultar verdaderamente letales en contextos sociales como los arriba citados.

Si las ciencias sociales en todo su espesor, si la teoría literaria o los modernos estudios culturales y de género, de relevada prestancia y tradición en la República de Chile con el anclaje de escuelas teóricas de prestigio y desenvoltura probos e inusualmente consolidados, acogían y empujaban obras tan inéditas cuanto emergentes como la de Eltit, similar operación aconteció a la inversa: su obra procedió a abrir un frente cultural, junto a otras, bien es cierto, que no cesa de acoger nuevas iniciativas y de cifrar ideologías sociales particularmente reticentes al sistema tal como tiende a desplegarse en la actualidad, en todas sus iniquidades. Y aquí la palabra “procedimiento” no resulta casual ni adventicia, esto es, en el sentido en que dio prioridad, nombró experiencias privilegiadamente dolorosas o bien las adelantó, a la manera de una suerte de alquimia inédita, instalándolas al nombrarlas, tal como el teórico Raymond Williams se refería al término *structure of feeling* (“estructura del sentir” o “estructura del sentimiento”), esto es, a la inclusión en un régimen de sentidos sociales tenidos por inexistentes pero posibles. Instalar en un espacio social modos de pensar o de aludir severamente a iniquidades, no resulta un mérito escaso. Por el contrario, supone trabajar insubordinando signos y sintaxis en un ámbito hostil y, en ocasiones, riesgoso.

Pretendemos aludir a que la obra de Eltit constituye un permanente *work in progress*, estimulado por un nomadismo y el aplauso de una crítica especializada decodificadora de sus sentidos que la asiste en la difícil tarea de afrontar públicos cuyas expectativas, lo sabemos, no tienen aspiraciones de renovación ni desafío. Todo ello tuvo lugar sin sucumbir, porque la autora ha sido una migrante cuyas experiencias ligadas a vivencias en el exterior nutrieron el espesor de su poética. Motivado por la ocupación de cargos ligados a la diplomacia internacional (como agregada cultural en México), tanto cuanto a las invitaciones de instituciones académicas que, atentas a la relevancia de su estética, procedieron a incorporarla en

congresos y eventos científicos como ponente o bien como figura central de interrogaciones y debates. Aludimos a constituir el centro de debates cuya fluidez anclaba en su obra como eje semántico.

Diamela Eltit, con la persistencia de su accionar, consigue instalar no menos que bautizar un conjunto de experiencias (deseables o indeseables; porosas o impermeables; generalizadas o aisladas; contundentes o indefensas; coherentes o dispersas) lo que la aloja en una suerte de ámbito de privilegio no tanto por lo que pueda o no portar en tanto que agente de cambio y dinamismo social, sino más bien por el tipo de efectos que dispara, desata, desanuda, o el nivel interpretante que alcanza al cartografiar un número de situaciones, vivencias efectivas no menos que proyecciones prefiguradas en un futuro aún incierto que empuja hacia un momento lejano o quizás diverso del presente. No obstante, en esta actualidad sus obras demuestran de modo incontestable que el despliegue de nuevos imaginarios sociales, iniciativas culturales, agrupación de artistas de diversos oficios o especialidades, resulta una esperanza no menos que un desafío. Condensando semánticamente principios, actos, tramas teórico-críticas de incidencia inevitable, Eltit revela e interpreta un conjunto de acontecimientos que permanecían innominados o, tal vez, depreciados, o bien de modo punitivo se refiere de manera denunciante pero sin simplismos de corte evidente, a experiencias traumáticas del presente tanto como del pasado latinoamericano.

Finalmente, esa mentada constelación o haz teórico, urdimbre densa propia de quien indaga, incursiona, explora y también hace estallar las certezas de un oficio que tiende a congelarse en tics y lugares comunes, que oposicionalmente alberga instantes de riesgo o bien de retracción o de confinamiento en el borde de las prioridades y las trayectorias, hacen de Eltit no una figura interesadamente culta; menos aún privada de aliados o del aliento de un público que ya prosigue su trayectoria con expectativa, ávido por conocer el modo en que a continuación se desplegará, renovadoramente, en el siguiente episodio de su itinerario. Lenta pero parsimoniosamente se polemizan sus aristas, pese a que instancias como las dictatoriales han dado pie a otras democráticas. Pero, pese a ello, Eltit describe y se inscribe en una búsqueda, desplazamiento de riesgo en el cual su norte no lo constituye disolver una institución en particular, sino la institucionalidad como tal y, por ello, situada y presente de modo incesante, permanente. Ello la incita a un permanente corrimiento, tanto en el plano de la ideología como de sus figuraciones.

El presente volumen, editado en 2008, recopila prólogos, textos concebidos para ser leídos oralmente en presentaciones de libros u ocasiones culturales, como congresos de escritores o inauguraciones de editoriales, simposios o aperturas de instituciones culturales, en especial universitarias, a las que se agregan algunos inéditos. A ello ha sumado una selección de entrevistas editadas previamente en revistas académicas de su país o internacionales. Así, es posible leer en el mapa trazado por su letra, siempre movedizo, siempre inasible, un viaje no menos tenso que incómodo, pero al final del cual resulta posible adivinar la confortante dicha de la vocación ejercida, del logro extremo pero incitante, del descubrimiento absorto pero levemente previsto.

Linajes, afinidades, diálogos, intertextos inspiradores o rectificadores, que gravitaron bélicamente en sus convicciones. Es posible imaginar la teatralización de la escritura, su escena detonada, como una zona tanto imaginaria cuanto tangible, merced a la cual Diamela Eltit corre riesgos, alterna y torsiona códigos, persiste ante todo en puntos de vista y gestualidades que la sostienen, firme y segura, en su vocación, su ideario con la evitación de congelarse, la precursión que prosigue y la que inaugura con la apertura de imaginarios sociales y de sensibilidades que siempre y ante todo, toma por asalto y frontalmente, no bajo la forma criminal, sino de una descubridora, de una exploradora curiosa pero despiadada que, afortunadamente, reduce a escombros a las arbitrarias y degradantes obligaciones y detonantes del poder.

Adrián Ferrero